

La creación de un espacio imaginario: los españoles y Lisboa

Barbara FRATICELLI

RESUMEN

La atención de los escritores españoles a la realidad lisboeta se ha concentrado fundamentalmente en dos periodos históricos determinados, los siglos XVII y XX, coincidiendo con la dominación de la Casa de Austria sobre el país vecino y con la Revolución de los Claveles, que tanto significó para nuestros intelectuales.

En este artículo se analiza la peculiar visión que Miguel de Cervantes y Tirso de Molina plasmaron del espacio lisboeta en sus obras, y la transfiguración de este espacio concreto en un espacio de recuerdos y ensoñaciones en la obra de Antonio Muñoz Molina, para intentar establecer una poética del espacio urbano de Lisboa exclusivamente en autores españoles.

PALABRAS CLAVE: Lisboa en la literatura, Cervantes, Antonio Muñoz Molina.

En el ámbito de la Península Ibérica, las relaciones entre los pueblos que la componen han experimentado diversos momentos, a lo largo de los siglos.

Los historiadores, y entre ellos sobre todo Hipólito de la Torre¹, suelen llamar la atención sobre tres periodos en los que España y Portugal han estado especialmente vinculados el uno a la otra:

1. Para empezar, hay que recordar que de 1580 a 1640 los Austrias (o los *Filipes*, como se les denomina en portugués) asumieron la regencia

¹ De La Torre Gómez, Hipólito, «Historia de dos vecinos», en *El Magazine* de «El Mundo», 26 de marzo de 2000, p. 9.

del país vecino; si bien es cierto que el gobierno de la nación siguió gozando de cierta autonomía, sobre todo en los primeros años de dominación, y también es cierto que el ambiente cultural que se vivía favoreció el bilingüismo (sobre todo en los representantes de las clases lisboetas más acomodadas), los portugueses en general no suelen recordar esos años como los más felices de su historia.

2. Otro momento que podemos resaltar es el de la lucha contra los dominadores franceses, en 1808, que aúna las fuerzas de las dos naciones peninsulares, además de ser un periodo en que, tanto en España como en Portugal, se agudizan los contrastes entre absolutistas y liberales, en los años 30 del siglo XIX. De hecho, empezó a nacer el llamado debate *iberista*, entre los intelectuales de los dos países, en el que se buscaba una salida a la decadencia política que estaban sufriendo en ámbito europeo España y Portugal, y que pretendía «regenerar» el alma de los dos pueblos.

3. Y para terminar este breve *excursus* histórico, una fecha clave para las relaciones bilaterales es 1974, año en el que la revolución de los claveles, o revolución de los jóvenes capitanes (porque el movimiento de rebelión fue liderado por un grupo de jóvenes capitanes de las fuerzas armadas) derribó el régimen de Marcelo Caetano, sucesor de Salazar, sin derramamiento de sangre. Cierta sector de la población española miró entonces con muchas esperanzas la caída del salazarismo, tal vez porque presentía el fin ya próximo del régimen en España, en 1975. En este destino histórico compartido, hubo una especie de reencuentro entre las dos naciones peninsulares, que en los años 80 empezaron de forma conjunta su andadura en la entonces Comunidad Económica Europea.

Los autores españoles que mencionaré a continuación se inspiraron en la capital lusa para escribir sus obras precisamente en dos de estos tres momentos históricos; los dos primeros, Cervantes y Tirso de Molina, aprovecharon la coyuntura de la dominación española para retratar una Lisboa magnífica y deslumbrante, mientras que Muñoz Molina, enamorado de Lisboa desde los tiempos de la revolución de los claveles, que presencié personalmente, lleva a cabo un proceso de identificación entre el ambiente urbano y el estado de ánimo de sus personajes.

Pero vayamos por partes.

Puesto que la intención de este trabajo es intentar entender cómo estos escritores, en determinados momentos, han ido «construyendo», como espacio literario, casi diría imaginario, la ciudad de Lisboa en sus obras, quisiera empezar con las páginas de Miguel de Cervantes.

En 1616, el año de su muerte, escribió *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, una novela de aventuras que seguía el modelo de la novela griega del género. Los protagonistas de la historia, después de muchas peripecias en varios islotes del océano, llegan por mar a la capital, para empezar desde ahí un camino de peregrinación que les llevará hasta Roma.

Al llegar desde el mar en una embarcación de la época, la vista debía de ser inmejorable, porque el grumete, cuando vislumbra a lo lejos el perfil de la ciudad, grita a los otros miembros de la tripulación:

¡Tierra, tierra! Aunque mejor diría: ¡cielo, cielo!, porque, sin duda, estamos en el paraje de la famosa Lisboa².

Este anuncio llena de alegría a todos los ocupantes del barco, sobre todo porque suponía el final de un duro periplo por mar que estaba ya poniendo a prueba la resistencia física de algunos de ellos.

A continuación, y para animar aún más a sus compañeros de viaje antes de desembarcar, el personaje de Antonio se encarga de describir, a grandes rasgos, la ciudad, que les deslumbrará por su riqueza y opulencia; sin olvidar que esta obra fue escrita en plena dominación de la casa de los Austrias, el primer detalle que figura en las palabras de Antonio es la presencia de unas iglesias que se caracterizan por su riqueza y por la piedad que se predica en ellas:

... ahora verás los ricos templos en que es adorado (Dios); verás justamente las católicas ceremonias con que se vive, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto³.

El segundo detalle que destaca Antonio son los hospitales; este hecho es bastante curioso si se considera que en el mismo Madrid, por aquel entonces, tan sólo existía un hospital para toda la ciudad, el de La Latina; el peregrino de Cervantes los define en general como verdugos de la enfermedad y lugares donde, a través del sufrimiento y la muerte, se ganan los cristianos la vida del cielo:

Aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del Cielo⁴...

² Cervantes Saavedra, Miguel de, «Los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia Septentrional», en *Obras Completas*, ed. de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1980, vol II, p. 980.

³ *Ibidem*, p. 981.

⁴ *Ibidem*.

Según unos recursos retóricos muy utilizados en la época, afirma que

La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas de Oriente, y desde ella se reparten por el Universo⁵...

La gran abundancia de mercancías procedentes de las tierras de Ultramar confiere a Lisboa el aspecto de ciudad *rica*, por encima de cualquier otra consideración. Y el símbolo de este comercio tan rentable y exótico es el puerto, que tampoco falta en esta descripción de Cervantes:

... su puerto es capaz no sólo de naves que se puedan reducir a un número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman⁶...

Después de estas breves noticias sobre la fisonomía de la ciudad, Antonio se detiene a hablar de sus habitantes, a los que define de forma especial por sus rasgos morales y sus actitudes sentimentales:

... aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos. (...) ... la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, ésta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo⁷.

En este punto, otro personaje que es Periandro, ruega a Antonio que deje de alabar tanto esta ciudad, porque quieren que quede algo nuevo e inesperado para poder verlo con sus propios ojos.

La embarcación procede a entrar en la desembocadura del Tajo; los protagonistas desembarcan en la ribera de Belém (desde donde solían zarpar los barcos de los exploradores y los navegantes portugueses en esos años) y la joven Auristela expresa el deseo de visitar el «santo monasterio» de los Jerónimos, cuyo núcleo central ya estaba construido entonces, para «adorar al verdadero Dios». El hecho de empezar su periplo iniciático por Lisboa, que geográficamente no es el punto más coherente de donde desembarcar desde el norte en dirección a Roma, parece una señal inequívoca del *estatus* de ciudad mística que se le otorgaba en el siglo XVII; la crítica y estudiosa portuguesa Maria Fernanda de Abreu lleva esta interpretación incluso hasta el plano metaliterario, sugiriendo que «Lisbonne est le lieu du genre mystique, comme l'arrivée en Espagne donnera lieu à la réflexion sur la co-

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

médie⁸.» Una Lisboa, por lo tanto, vista no sólo como lugar significativo para el comienzo de una aventura religiosa, sino también como símbolo de un género literario como es el místico.

«Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y cortesana gente»; como se puede ver en esta afirmación, la zona de Belém no estaba considerada como parte de la ciudad, como lo es ahora.

Si es cierto que la ciudad, por las razones que he señalado antes, deslumbró a los peregrinos de esta novela, también hay que decir que ellos mismos deslumbran a todo el pueblo lisboeta, que acude masivamente a observar a los viajeros, con sus facciones y sus trajes tan inusuales entre ellos. Éste es más que nada un recurso literario de Cervantes, para animar y enriquecer la narración, porque no es muy probable que unos habitantes acostumbrados a ver llegar todos los días a su puerto mercancías exóticas, esclavos y mercaderes desde las zonas más lejanas del planeta, se quedaran asombrados al ver a unos peregrinos extranjeros recorriendo sus calles.

La estancia en Lisboa dura diez días, durante los cuales

...gustaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvación⁹...

Una curiosidad de este fragmento que estamos leyendo de la obra cervantina es que, al visitar nuestros protagonistas la tumba de un caballero portugués al que habían conocido años atrás, leen en su epitafio:

... no murió a las manos de ningún castellano, sino a las de Amor¹⁰...

Declaración significativa del periodo histórico en que vivió Cervantes, y testimonio claro de los sentimientos de odio y de orgullo herido que los portugueses fueron madurando durante los largos años de dominación española, que hacían suponer que alguien que muriese en batalla, lo hiciese luchando contra los castellanos¹¹.

.....

⁸ Abreu, Maria Fernanda de, «¡Tierra! ¡Tierra! Aunque mejor diría ¡Cielo! Lisbonne par Miguel de Cervantes», en AA.VV., «La Littérature et la Ville», Actas del XVII Coloquio Internacional de la Asociación Internacional de Críticos Literarios (AICL), Lisboa, 1995, p. 25.

⁹ «Los trabajos de Persiles..», op. cit., p. 983.

¹⁰ *Ibidem*, p. 982.

¹¹ Es preferible dar esta interpretación al término de *castellano*, antes que considerarlo como «habitante de un castillo», puesto que apenas unas líneas antes el mismo Cervantes afirma: «... la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre...», utilizando el adjetivo en referencia a la lengua castellana, es decir de Castilla.

Pasemos ahora al análisis de otro autor del siglo XVII, Tirso de Molina.

En la obra *El burlador de Sevilla*, atribuida a Tirso, el personaje de Don Gonzalo de Ulloa relata al rey de Castilla Alfonso XI su experiencia en la capital lusa después de haber viajado allí por orden expresa del soberano.

Se supone que la trama de Tirso se desarrolla en el siglo XIV, pero en realidad la ciudad que retrata don Gonzalo es la coeva del autor, es decir, como era Lisboa en 1615, año de composición de la obra. Esto es evidente en dos afirmaciones: en el verso 717, al definir Lisboa como «la mayor ciudad de España», por ser todavía territorio español (bajo el reinado de Felipe III), y en los versos 827-830, al afirmar que

Tiene en su gran Tarazona / diversas naves, y entre ellas / las naves de la
Conquista / tan grandes¹²...

Este deliberado anacronismo cumple la función de proyectarnos hacia una Lisboa muy parecida a la descrita por Cervantes.

Eran esos unos años de actividades febriles para la ciudad, sobre todo desde el punto de vista del movimiento de mercancías:

... el llegar / cada tarde a su ribera / más de mil barcos cargados / de
mercancías diversas / (...) pan, aceite, vino y leña, / frutas de infinita suerte, /
etcétera.

... Mas, ¿qué me canso?, / porque es contar las estrellas / querer contar una
parte / de la ciudad opulenta. (vv. 841-854)¹³

Pero volvamos al principio de la descripción; Lisboa, según Tirso, es «una octava maravilla» (v. 722), y el primer elemento que atrae la atención de cuantos llegan a su orilla, o a las «sagradas riberas / de esta ciudad» (vv. 728-9) es la enorme cantidad de embarcaciones amarradas en su puerto:

Hay galeras y saetías, / tantas, que desde la tierra / parece una gran ciudad
/ adonde Neptuno reina. (vv. 735-8)¹⁴

Lo que, ya en tierra firme, parece una de las mayores atracciones es el Convento de San Jerónimo de Belém (otra vez), aquí también considerado fuera de la ciudad:

¹² Tirso de Molina (atribuida a), *El burlador de Sevilla*, ed. de Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 172-173.

¹³ *Ibidem*, p. 173.

¹⁴ *Ibidem*, p. 170.

Está de esta gran ciudad, / poco más de media legua, / Belén, Convento del Santo, / conocido por la piedra / y por el León de guarda, / donde los Reyes y Reinas / Católicos y Cristianos / tienen sus casas perpetuas. (vv. 743-750)¹⁵

Desde Alcántara, en el lado occidental, hasta el convento de Jabregas, en el extremo oriental, se despliega una ciudad que bien podría compararse con Roma por el elevado número de conventos e iglesias.

De ahí Tirso pasa a describir la zona central de la actual Baixa, que poco tenía que ver con la que vemos ahora, debido a la profunda y radical transformación que sufrió después de ser arrasada en el terremoto de 1755:

En medio de la ciudad / hay una plaza soberbia / que se llama *Ruzío* / grande, hermosa, y bien dispuesta, / que habrá cien años, y aún más, / que el mar bañaba su arena / (...) Tiene una calle que llaman / *Rúa Nova* o calle nueva, / donde se cifra el Oriente en grandezas y riquezas / ... (vv. 791-804)¹⁶

Como última anotación al Burlador, hay que señalar que para que el retrato tenga, a los ojos del público, aún más grandiosidad, Tirso no duda en referirse al mito fundacional de Lisboa; según la leyenda, la fundación en la antigüedad se debería al héroe griego Ulises, quien durante uno de sus viajes habría llegado a estos parajes y habría dado su nombre a la ciudad, siguiendo la dudosa etimología Lisboa < Ulisibona (latín).

Por todo lo anteriormente expuesto, la lectura de las páginas de Cervantes y Tirso nos desvela una ciudad rica y opulenta, donde lo que más importa es subrayar su condición de ciudad cristiana y devota (¡estamos bajo los auspicios de los *Filipes!*), sin que ninguno de los dos autores se detenga en los aspectos artísticos o sociales de la realidad lisboeta; lo que interesa, en esa España del siglo XVII en la que viven y escriben, es que los personajes (los peregrinos de Cervantes y el don Gonzalo de Tirso) se muevan en un espacio que pueda despertar la imaginación del público, a través de unos recursos retóricos muy frecuentes en la época, que sugieren grandiosidad, magnificencia y exotismo, sin olvidar el aspecto más claramente religioso y piadoso en la narración.

.....

Demos ahora un salto en el tiempo de 350 años, y llegaremos a 1987, año de publicación de *El invierno en Lisboa* de Antonio Muñoz Molina,

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ *Ibidem*, pp. 171-172.

Premio Nacional de Narrativa¹⁷. Esta novela, que desarrolla el género de la novela negra, nos presenta una historia de amor atormentada, llena de golpes de efecto, de huidas, de reencuentros azarosos, que tiene como protagonistas a un pianista de jazz y a una joven mujer misteriosa e inalcanzable. Los dos se ven envueltos en un tráfico de obras de arte que les hará separarse de repente, y reencontrarse al cabo de varios años en Lisboa, donde se dirán el adiós definitivo en una atmósfera turbia y melancólica.

La novedad de este texto es el papel predominante e independiente que desempeña, sobre todo en la segunda parte, la ciudad, que Muñoz Molina retrata como una entidad que existe por encima de la trama que involucra a los personajes; con sólo pronunciar el nombre «Lisboa», quiere evocar en el lector toda una serie de sensaciones que ha ido describiendo en las páginas anteriores:

Noto que en esta historia casi lo único que sucede son los nombres: el nombre de Lisboa y el de Lucrecia ... (p. 77)

... la ciudad existía antes de que él la visitara igual que existe ahora para mí, que no la he visto, rosada y ocre al mediodía, levemente nublada contra el resplandor del mar.... (p. 78)

(Biralbo) Dijo *Lisboa* cuando vio acercarse las luces de la ciudad como se dice el nombre de una mujer a la que uno está besando y que no le conmueve. (p. 118)

La ciudad provoca en el protagonista, Santiago, un permanente estado de desasosiego; él y la mujer amada habían llegado a Lisboa como se llega al final de un camino existencial, la viven como un destino que tienen que cumplir, porque

... llegar a Lisboa sería como llegar al fin del mundo. (p. 113)

Ambos están buscando un refugio que les proteja de los fantasmas y las sombras del pasado, pero el poder casi mágico que tiene la ciudad es justamente lo contrario, porque

De pronto todos los rostros de su memoria regresaban, como si los hubieran convocado la ginebra o Lisboa (...). De qué sirve huir de las ciudades si lo persiguen a uno hasta el fin del mundo. (p. 133)

Los intentos por vivir el presente, renegando de un pasado oscuro que les atormenta, son vanos. Asistimos aquí a un proceso llamado de «espa-

¹⁷ Muñoz Molina, Antonio, *El invierno en Lisboa*, Barcelona, RBA Editores, 1993 (1.ª ed. 1987).

cialización del tiempo narrativo»: la dimensión temporal, la sucesión de la acción dramática se va perdiendo paulatinamente para dejar el protagonismo a la dimensión espacial.

El espacio de la ciudad hace que se desvanezcan los límites del tiempo y que los que en ella habitan se pierdan en el laberinto de sus calles como en un metafórico laberinto de su angustiosa memoria. A Santiago

... se le iba disgregando la conciencia del espacio y del tiempo ... (p. 143)

La visión de la ciudad nocturna (porque las descripciones de sus calles y rincones son casi en su totalidad descripciones del anochecer o de los ambientes nocturnos de las zonas más sórdidas de los barrios cerca del puerto) favorece un estado de ensoñación del protagonista, quien ya no sabe exactamente dónde se encuentra el límite entre realidad y sueño, entre los hechos concretos que está viviendo y la percepción de unas imágenes que sólo pertenecen a sus recuerdos.

La niebla que sube del río aísla la ciudad del resto del mundo,

... convirtiéndola no en un lugar, sino en un paisaje del tiempo ... (p. 123)

La dimensión de su ser extranjero, en este ambiente y en esta ciudad desdibujada en una permanente metáfora del recuerdo, llega al extremo de hacerle sentirse como si estuviera en su propia patria:

... Lisboa era la patria de su alma, la única patria posible de quienes nacen extranjeros. También de quienes eligen vivir y morir como renegados ... (p. 123)

Renegar de la realidad de su condición de extranjero en la ciudad, supone la entrega definitiva de su conciencia y de su alma a un estado de alucinación que se aleja ya del todo de cualquier referencia a la realidad.

Como hemos podido comprobar, Muñoz Molina opta, en su estructura narrativa, por un elemento espacial que predomina sobre el elemento temporal. En su novela se cumple una transfiguración del espacio urbano, que de unas características físicas específicas pasa a ser la personificación de la angustia interior del personaje de Santiago.

Me parece significativo, a este propósito, señalar un artículo del mismo Muñoz Molina (publicado en *El País Semanal* del 25 de abril de 1999), en el que se confiesa gran enamorado de Lisboa precisamente por esta dimensión suya tan peculiar:

En un poema alude Baudelaire a un país que se parece a alguien, «un pays qui te ressemble». Quizá algunos países, algunas ciudades, nos gustan tanto porque intuimos desde la primera visita una afinidad que nos los vuelve inmediatamente familiares....

... y si es verdad que hay ciudades o países que se parecen a personas, a mí me gustaría parecerme en algo a Lisboa.

Quisiera terminar esta breve reseña con un fragmento (del artículo que ya he mencionado) que, tal vez, pueda explicar las razones que llevan a tantos españoles, escritores y ciudadanos corrientes, a percibir la ciudad de Lisboa como un espacio privilegiado para sus almas, que les acoge (a pesar de que una verdadera integración nunca se ha dado) y que confiere más intensidad a sus emociones interiores:

Pero la luz de Lisboa nunca es tan fuerte como la luz española: los azules son más suaves, igual que los rojos de los tejados (...) aquí predominan los cremas claros, los rosas tenues, los ocreos muy diluidos. En la luz de Lisboa, como en los modales portugueses, encuentra uno los signos de esa delicadeza que tantas veces echa de menos en España, una forma menos cruda o menos fácilmente agresora de estar en el mundo... (...) ... y mi amor por Lisboa se tiñe de una cierta melancolía española.

BIBLIOGRAFÍA:

- ABREU, MARIA FERNANDA DE, «¡Tierra! ¡Tierra! Aunque mejor diría ¡Cielo! Lisbonne par Miguel de Cervantes», en «La Littérature et la Ville», Actas del XVII Coloquio de la AICL, Lisboa, 1995, pp. 21-26.
- CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE, «Los trabajos de Persiles y Sigismunda. Historia Septentrional», en «Obras Completas», ed. de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1980 (vol. II).
- DE LA TORRE GÓMEZ, HIPÓLITO, «Historia de dos vecinos», en «El Magazine» de «El Mundo», 26 de marzo de 2000, p. 9.
- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO, «El invierno en Lisboa», Barcelona, RBA Editores, 1993 (1.ª ed. 1987).
- , «Primavera de Lisboa», en *El País Semanal*, 25 de abril de 1999.
- TIRSO DE MOLINA (atribuida a), «El burlador de Sevilla», ed. de Alfredo Rodríguez López-Vázquez, Madrid, Cátedra, 1997.